

saben quien los quiera comprar, los dá sumamente baratos, dijo uno de los concurrentes.

Una mirada se cruzó entre los Fajardos, mirada íntima que decía en buen castellano: ¡comprémosles!

El diplomático llamó aparte al concurrente y le dijo en voz baja:

—Usted dice que los títulos son baratos, bien, veremos; yo los puedo colocar, y usted puede tener algo de corretaje.

—Muy bien, mañana estaré aquí con los pergaminos.

VI.

En tanto que los Fajardos y su tertulia daban vuelo á su entusiasmo intervencionista y á sus miras ambiciosas, el coronel Fernandez penetraba en uno de los aposentos mas retirados de la casa.

Luz y Clara se habían escurrido bonitamente de la sala y estaban al lado del coronel, que triste y silencioso tenía asida una mano de su novia y con su brazo estrchaba aquella infantil cintura.

Clara se había acercado á la lámpara y se divertía en recorrer las páginas de un libro de misa, no sin estar atenta al menor ruido.

Eduardo no osaba pronunciar una palabra.

Repentinamente y cediendo á un esfuerzo supremo, exclamó con voz conmovida:

—Es necesario decirla adios! tendré valor para acercarme á tí por la postrera vez? ¡Dios mio! mi alma no resiste los embates de mi infortunio!

¡Pobre Luz!.... pálida y triste como el ángel del dolor, llorosa y con vulsa en su hondo pesar, parece que los encantos, como una ironía horrible, vienen á derramar sobre su frente toda la poesía del sentimiento, todo ese perfume santo que circunda á una mujer que ama, y que en su última lágrima y postrero beso encierra todo el misterio de una amarga despedida.

La pobre niña fijo sus ojos húmedos y brillantes en la faz sombría del guerrillero, y dijo suspirando:

—Eduardo, lloro porque dejo de verte, porque mi vida pierde sus encantos sin tí, porque te amo!

Su cabeza se inclinó como la azucena al golpe de la lluvia.

—Qué decir á una mujer á quien se ama con pasion, cuando participamos de las mismas angustias?

El coronel permanecía contemplando con un éxtasis de dolor á aquella

débil y hermosa criatura, cuyas lágrimas caían como las gotas del rocío en el pétalo de las flores.

Eduardo se arrojó á sus pies, la acarició, le juró mil veces que no la olvidaría; en aquel momento sintió que su valor lo abandonaba, que ante aquella mujer debía sacrificarse nombre, fama, porvenir, todo en aras de ese amor angelical.... no; ese mismo amor exigía el sacrificio de la separación.

Eduardo no debía perder el prestigio de su cariño; aquella misma mujer cuyo amor le arrastraba hasta pensar en el olvido de sus deberes, le vería mas tarde pequeño y miserable. El sufrimiento enaltece, los peligros hacen aparecer digno al hombre que arrostra todo ante su honor,

—Es necesario partir, yo soy hijo de la revolucion, y la hora ha sonado!

Levantóse Eduardo violentamente; entonces Luz se arrojó á su cuello, que ciñó con sus brazos.

—No, no partirás, le dijo; porque yo moriré cuando la esperanza se haya desvanecido en mi corazón.

—No, Luz, dijo con voz ronca el guerrillero; tú maldecirías mas tarde este cariño; óyeme: esta ausencia es la prueba que Dios pone á nuestro alcance para nuestro amor; resistámola, mi corazón es tuyo, tu imagen vive en mi pensamiento en mis horas de infortunio, como esa lámpara en la soledad de la noche; sí, Luz, tú no desconfiarás de mi cariño, porque ofenderías á Dios.

Eduardo estaba aterrado, deseaba cargar con aquella mujer hasta el fin del mundo; sentía vacilar el suelo; con los brazos cruzados sobre el pecho contenía los hondos latidos de su corazón.

Pasaban por su cerebro calcinado todos los recuerdos de sus amores, no turbados hasta entonces sino por nubes ligeras que al disiparse hacían mas hermoso el horizonte.

—Sí, añadió, yo debo partir, ¿no es verdad? ¡qué sentirías al verme humillado ante los enemigos de mi patria, escondiendo las armas que tantas veces han defendido la libertad? ¡me despreciarias! Sí, Luz, me despreciarias y yo no podría ni aun quejarme de tí. Si crees que se puede arrastrar una existencia de ignominia y envilecimiento, aquí está mi espada, rómpela, porque tendría vergüenza de conservarla; mi conciencia me diría: infame! tu patria espira en manos extrañas y tú permaneces como un miserable en la molicie de las ciudades, ¡maldita la hora en que la patria puso en tus manos el acero!

A estas palabras, hijas de un noble entusiasmo, la joven se alzó erguida,

noble, inspirada, y con acento seguro dijo al guerrillero: marcha! mis lágrimas se han evaporado con la llama de tu aliento, mi corazon late como el tuyo, yo no había sentido nunca esta emoción que hace golpear la sangre á torrentes á mi pecho; ¡la patria! yo he amado la tierra en que naci, amaba hasta las paredes y el techo de mi aposento, como ama la golondrina su nido; pero ese sentimiento que todo lo escluye, que aconseja el martirio y que acepta la muerte, hasta ahora lo comprendo; sí, Eduardo, marcha á la guerra, toma este relicario, encierra mi retrato y mi cabello, guarda como un amuleto de mi carino, mi alma te acompaña á todas partes, yo le rezaré á la Virgen por ti, solo ella comprende mi amor y mis angustias, adios, un ultimo abrazo!.... y se escondió como una paloma en el pecho agitado del guerrillero.

Aquello era demasiado. Loco, delirante, abandonó Eduardo aquel lagar donde dejaba á la mujer de su amor, al ángel de su guarda, á la esperanza de su existencia!

Luego que Eduardo desapareció, todo aquel valor heróico desplegado por la jóven, tuvo una reacción dolorosa; aquella alma elevada al cielo del entusiasmo, volvía á la débil guarida del pecho de una mujer.

—Me muero exclamó Luz, y se arrojó trémula y delirante en brazos de su querida Clara.

ACTO SEGUNDO

El coronel Eduardo llegó adonde esperaban impacientes sus compañeros y subordinados. Los corceles rascan el suelo con sus herraduras y relinchaban con frecuencia al percibir el toque lejano de los clarines de aquella tropa que abandonaba la ciudad.

—El coronel! dijo el capitán Martínez, y todos saltaron á sus caballos.

—Capitán, estoy desesperado.

—Este México, replicó Martínez, estira más que el jíman, todo es la primera jornada, cuando pase el primer sudor, ya estaremos tranquilos, ademas que no tendremos mucho tiempo que digamos para entristercemos, pronto los gabachos nos pondrán en guardia; porque yo no salgo del monasterio sino para la Marimica ó para Mixcalco. He platicado muchas veces

con la muerte, somos amigos viejos, yo sé que le pertenezco mas tarde ó mas temprano. En cuanto al destierro ¡ya! varias aventuras han rematado en Perote y en San Juan de Ulúa. Seys fruta de Yucatan.

El coronel dejaba charlar á su ayudante, sin poner el menor cuidado á su conversación que otras ocasiones le había distraído en los caminos y en las posadas.

El capitán no era hombre que reparara en esas frioleras de no hacerle caso; en comenzando una conversación seguía hasta concluir sin curarse de si tenía ó no auditorio. —Estos muchachos, continuaba, son el mismo demonio, no les perdono esta cicatriz que divide mi cara, ¡qué importa! el pedazo de oreja que me falta no lo echo de menos, me parece que oigo mejor, crea usted, coronel, que el tajarrazo estuvo regularillo, pero yo tengo piel de lobo, las chicas hacen un gesto cuando me pongo tierno, pero luego se rien con mis historias. á propósito de ellas, es decir, de las historias, tengo una para después de cenar, que lo va á divertir á usted mucho, muchísimo, es la historia de mi penúltimo amor, ¡qué recuerdos, coronel! esto es cosa de echar un trago.

El capitán llevó la mano á lo que llamaba su cartuchera de campaña, y ofreció un trago de coñac á los compañeros.

—Esto es bueno, dijo soltando una estrepitosa carcajada, para curar á los enamorados, es el bálsamo de la ausencia, me lo regaló una chica fondista que me ha dado de comer, y á quien he pagado con bonos sobre la tesorería ¡pobrecilla! pensaba robármela; pero como lo que forma la parte hermosa de esa muger es la fonda, no era posible este proyecto... ¡no importa! Yo como donde me ataca el hambre; y bebo cuando tengo sed, tanto vino, y propiamente lo tomo; porque nunca lo pago.

Con este programa viajó contento, sin cuidarme de otros objetos que de mi cartuchera y mi muger.

Al decir esto puso la mano sobre el puño de su espada.

—No tiene usted familia, capitán? preguntó uno de los oficiales.

Quedóse un momento pensativo, como si dudase en la respuesta, que debía dar, y repitió maquinalmente: familia... familia...

—¡Demonio! prosiguió, hay cosas peores que los franceses. Ustedes son amigos míos, y de postre les contaré lo que quisiera olvidar, ¡demonio! ya verán ustedes, ya verán, esa historia es el secreto de mi vida de guerrillero y de revolucionario.

gou al muelle, somos sumisos á vos, yo éste dia le batefondo mas rige de la lancha. El chorro se gasta en la vela! asimismo para los mimos.

II.
En ese momento entraba la pequeña caravana á la ciudad de los Mártyres de Tacubaya.

Mirad! sobre esas lomas donde está esa casa blanca que se llama Molino de Valdés, se levantó la noche del 11 de Abril de 859, el sanguinario patíbulo de los Mártires de la Libertad.

En esas rocas vagan las sombras de las víctimas immoladas al fanatismo religioso y á la política del retroceso.

Durante la noche las nubes se posan en las lomas y á la luz de los relámpagos se ve á los mártires envueltos en sus sudarios.

Un vapor color de sangre sube al cielo entre el aire de la tormenta para pedir el castigo de los asesinos!

La mano impía que escribió esa fatal sentencia, está ya cortada por el hacha del verdugo!

La justicia de Dios se ha cumplido sobre la tierra!

—Tanto es peor que no sea cosa á los comunistas.

III.
El coronel y sus ayudantes se detuvieron en el portal de Cartagena, que esta situado en la plaza principal de Tacubaya.

Allí existe una especie de hotel. Y oímos que el dueño es un hombre afable, halagüeño, ofrece cuanto posee por sus justos precios, no fia ni al banquero. Barron una copa de vino.

—Hola! capitán Martinez, ya le estaba echando á usted de menos, creía que alguna desgracia....

—Cosa mala nunca muere, replicó Martinez.

—No lo decía por tanto, replicó el hostelero, es usted terrible.

—Muchacho, pasea esos caballos!

El capitán, seguido del coronel Fernandez y otro oficial que llamaremos Quiñones, se dirigieron en linea recta á la cantina.

—Copas! gritó Martinez, que no siempre se hallan tan buenas como en esta casa.

El patron hizo una profunda reverencia, que proporcionó al capitán una oportunidad para hacerle una mueca sin que lo notara.

Si el hostelero hubiera reparado en esa burla, se hubiera contentado simplemente con ponerla en la cuenta.

—Hum! dijo el capitán.

—Hum! repitió Quiñones.

Pero las copas quedaron vacías.

—Señores, dijo el patron, desearian algo que cenar, pero es el caso que ya no queda nada en el establecimiento, porque la tropa se ha devorado cuanto había.

—Canario! exclamó el capitán, yo lo siento por los señores, que yo al fin siempre estoy en cuarentena.

—Los señores, dijo el huésped, pueden disponer de todo lo demás como si estuvieran en su casa.

El capitán, que llevaba la voz, dijo:

—Pues hágase usted dar algo á nuestros caballos.

Nuestro hombre respondió con tristeza:

—La pastura no se encuentra por ningún precio; la poca que había se consumió desde esta tarde.

—Con doscientos mil demonios! gritó el capitán; es preciso que coman algo nuestros caballos, estoy por meterlos al jardín para que coman camellias y geranios.

Como el capitán era capaz de eso, y mucho más, el hostelero ofrecio proporcionar maíz aunque fuese para la colación de la parte bruta.

—Subámonos á dormir ya que no hay otro remedio, dijo Eduardo.

—Es que... ya no queda un solo colchón; por derecho de conquista se los han llevado todos, hasta el mio me han arrebatado y voy á pasar la noche sobre el mostrador.

Cuando el huésped creyó que el capitán iba á estallar como una bomba de á catorce pulgadas, vió con asombro que Martinez se echaba á reir con todas sus fuerzas.

—Por las orejas del vicario que esto es divertido! marchemos con la música á otra parte.

Un comerciante español que había presenciado esta escena, se acercó al coronel y lo invitó á tomar alojamiento en su casa.

—Aceptamos los tres, se apresuró á decir Martinez.

El español se sonrió, y precedido por sus invitados se dirigió á su habitación que estaba en el mismo edificio.

El capitán tomó posesión de una sala espaciosa donde solo había una cama preparada.

Sin violencia ni enemistad se daban los tres que se pasaron la noche en la casa del capitán.

El capitán menudeaba copas que era una gloria, y mezclaba chistes y otras ocurrencias felices, que tenían divertido al español.

Eduardo no hablaba una palabra.

Quiñones escuchaba con admiración al capitán sin quitarle la vista.

Ensartó tantas aventuras, tantos lances y tantas mentiras, que de su conversación podían sacarse otros cuentos de las Mil y una Noches.

El huésped se despidió y quedaron solos los tres viajeros.

El capitán propuso desde luego un problema: somos tres, dijo, y no hay sino una sola cama, ¿cómo hacemos las particiones? la cosa es sencilla, al coronel le toca el colchón, a mí las sábanas y frazadas, y al compañero Quiñones la almohada.

—Convenido, dijo humildemente el oficial.

—Pero no, prosiguió Martínez, al entrar he visto una colchoneta sobre el barandal del corredor, le tomaremos de deva por estar fuera del cuartel después de retreta, y está el negocio arreglado.

Martínez seguido de Quiñones se dirigió a sorpresa, y a pesar de momentos volvieron con el colchón, tendieron sus zarapés,

—Votanados diablos! exclamó Martínez, me había olvidado, tengo que contar á ustedes la historia ofrecida.

El capitán después de un rato de silencio, dijo:

—Soy hombre que nada oculta á mis amigos, voy á referir esa historia que es nada menos que la de mi familia, y ayer cuando recuerdo ciertas cosas, me dan ganas de ponerme á la boca de un cañón cargado de metralla.

En seguida se atusó los bigotes, se echó al coletó una copa de catalana y encendió un puro y dió principio a su relato.

—Por esa noche yo iba a visitar a mi hermano que vivía en la otra parte de la ciudad, y al ver que él no venía, fui a su casa.

Naci en el Estado de Michoacán, pasando del cura Morelos para servir á ustedes.

Michoacán es el país de la libertad, allí nadie está encadenado, desde el aire es libre, viva Michoacán!

Mi padre era labrador, estaba casado con una mujer más linda que un serafín, por Barrabás que mi madre era hermosa como una estrella.

Dos chicos había en la casa, mi hermana Guadalupe que era más bella

que mi madre; si señores, mil veces más; mi hermana está guardada para mí, y no he visto otra que se le parezca.

Y yo la veo como un tigre, si algún perillan me la engañase, le mataría mil veces, ¡pues nel congo que la quiero más que el general Zaragoza!

Esa muchacha es lo único que me inquieta, está sola en el mundo, demonio, y esta vida que los gabachos se han empeñado en llevarse, en fin, Dios sabe lo que hace.

Un dia, señores, al regresar mi padre á mi casa, no halló á su esposa, había desaparecido.

El pobre viejo se echo a llorar como un desesperado porque la amaba tiernamente.

Yo era muy niño, pero recuerdo que estaba triste, profundamente triste. Corrió el rumor de nuestra desgracia, ya ustedes conocen lo que son los jueces, mi padre fue reducido á prisión y nosotros quedamos abandonados. Con mil legiones de diablos gritó el capitán dando un manazo tan fuerte sobre la mesa, que derribó las copas y las botellas. Esto es increíble, injusto, sí, muy injusto.

El juez inventó que mi padre había asesinado á su esposa, haciéndola desaparecer, y lo sentenció á diez años de prisión.

Eduardo movió con impaciencia la cabeza y Quiñones llevó involuntariamente la mano á su revolver.

—Diez años! continuó el capitán, diez años es la vida de un hombre.

Mi padre salió con la cadena al pie á pesar de sus protestas de inocencia, y extinguir su condena á las obras públicas.

Para los pobres no hay justicia, es necesario hacernosla por nuestra manos.

En medio de aquella soledad que me infundía pavor, se me fijó sin explicarme la causa, la fisonomía de un hombre á quien había visto de continuo en la Iglesia del pueblo.

Su cara era enjuta, su nariz roma, la frente deprimida, los ojos bajos, la barba temblorosa, los brazos sobre el pecho y la cabeza siempre inclinada como en meditación.

Dos días habían pasado de la prisión de mi padre, cuando se presentó en mi casa una mujer.

—Vamos, nos dijo á mí y á Guadalupe, el señor está preso y ustedes no pueden vivir solos.

—Este acontecimiento me hizo una fuerte impresión.

Seguimos á aquella caritativa mujer á cuyo lado viví seis años.

Siempre que la recuerdo, mi corazón se conmueve; la última vez que la visité, fué en el cementerio del pueblo, y es pagué con lágrimas mi deuda de gratitud.

Quedóse un momento en silencio, sacó despues su pañuelo, abrigó sus ojos y continuó:

—Mi padre permanecía en presidio, yo le visitaba frecuentemente. Cuando me veía, empuñaba la barreta, daba fuertemente sobre las cinturas del camino, y la barra de hierro despedía fuego.

Mi padre quería tal vez apartar de su cerebro alguna imagen que le molestaba, y creí lograrlo con el rudo sacudimiento del trabajo.

Tenía yo veinte años cuando pasó el general Pueblita por el lugar de mi nacimiento.

—Pablo, me dijo, quieres venir conmigo? Vamos á defender al país contra sus tiranos, contra esos infames que han sentenciado á tu padre.

—Al momento le repliqué, yo quiero vengar á mi familia; y sin consultar á nadie, salí de aquél lugar, extraño, cuya sombra había sido también para nosotros.

Además, la vida aventurera tiene para mí un atractivo poderozo.

El general me hizo alférez de su escolta y comenzamos juntos la revolución en Michoacán.

El movimiento iniciado en Ayutla seguía terrible, el que vive de la guerra, justo es, qué cosa de la guerra.

Las contribuciones y los préstamos se pusieron á la orden del día.

El general me envió al pueblo de Ario á recojer un impuesto á los causantes.

Como estas órdenes son sencillas, me encaminé al gar de mi comisión, pregunté por un individuo á quien iba recomendado y se me presentó el viejo, aquel de la iglesia de mi pueblo.

Una emoción involuntaria agitó mi sangre, el corazón me dió un vuelco que creí ahogarme.

El hombre aquél fijó en mí durante algunos segundos su vista, retrocedió dos pasos, se puso visiblemente pálido y me dijo con voz insegura:

—Vete, Pablo, yo no tengo á esa mujer.

—De qué mujer me habla usted? lo contesté.

Entonces se repuso y con voz firme respondió:

—A veces nos dijo á —Yo? de ninguna. ¿Qué quiere usted en mi casa? ¿en qué puedo servirlo?

—Le dije mi objeto, é inmediatamente me dió cuánto dinero le pedí.

La vista de aquel hombre arrojó sobre mi memoria la desgraciada historia de mi madre, su desaparición, el presidio.

El corazón nunca engaña.

El general Pueblita llegó esa noche y salimos al amanecer.

A la salida del pueblo se acercó á mí una mujer y puso en mi mano un cartucho con dinero; quise detenerla, pero la perdí entre las sombras del crepúsculo.

Señores, desde aquel momento, dijo el capitán dando un puñetazo sobre la mesa, el viejo no se apartó de mi imaginación; su extraña pregunta, su turbación, tenían algo que ver contigo, decididamente ese hombre me ha hecho algo, y algo terrible; porque yo le aborrezco instintivamente.

Por las noches pensaba en mi padre, en sus horribles sufrimientos.

Su cabello se había vuelto cano, las arrugas habían invadido su rostro, y su frente tostada por el sol, se inclinaba agobiada de cansancio y de infortunio.

El infeliz lloraba de vergüenza, y solo sus manos encalzadas en el trabajo del presidio enjugaban sus lágrimas.

A mi hermana le había prohibido ir á la prisión.

La familia se ha acabado: un viejo en la cárcel, una niña abandonada, un joven en las tormentas revolucionarias.

—Estos tres seres abandonados, volverán á unirse otra vez?....

IV

A las cuatro de la mañana se puso en marcha el ejército, emprendiendo el ascenso de las lomas que indican la proximidad del Monte de las Cruces.

—A las dos de la mañana despertó el Señor Díego cuando oyó los golpes de la campana.

—A las tres de la mañana oyó el Señor Díego que el Señor Díego se levantó.

Hay seres cuya existencia pasa desconocida, y cuyos sufrimientos solo los sabe Aquel que traza en su eterno libro los crímenes y las virtudes de los hombres.

El capitán se arrojó desesperado sobre la cama.

Quiñones se tendió á sus pies, y Eduardo, sumergido en profundas cavilaciones, impresionado con la historia de su ayudante, se quedó un rato aletargado.

Unos toques dados con precipitación á la puerta, hicieron despertar á nuestros viajeros.

—Senores, dijo el español, me acaba de decir el criado que uno de ustedes ha tomado el colchón que estaba en el cajón.

—Presente, gritó el capitán, y eso qué tiene de extraño?

—Tiene, replicó el español, que hace dos días ha muerto en él la señora mi suegra, á consecuencia de un tifo horrible.

Quiñones saltó como impulsado por un resorte.

El capitán exclamó:

—¡Por vida del diablo que esto es magnífico! vea usted que la buena de la señora se ha muerto á tiempo.

—¡Caballero!

—Lo dicho, á su sentida pérdida se le debe el que pasemos bien el resto de la noche.

—Pero si sucede una desgracia?

—La desgracia sería dormir en el suelo; sobre todo, yo tengo mas pena zona que el tifo. Con que...

—Pues entonces, buenas noches, dijo el español.

—Me gusta la ocurrencia, vean ustedes como las viejas sirven de algo alguna vez. Compañero, venga usted á seguir durmiendo.

Quiñones no respondió al capitán, tomó los arneses de su caballo, los tendió en el suelo y procuró conciliar el sueño.

El capitán roncaba á los cinco minutos como si durmiera en una otomana.

Quiñones se apresuró a separarse: un viejo en la corte, que se iba a la capital, iba a tener que dormir en las puertas de la ciudad.

VI.

Las dos de la mañana daban en el reloj de San Diego, cuando otros golpes mas fuertes vinieron á sonar en la puerta de nuestros amigos.

—Rrayo! gritó el capitán, esta es noche toledana; ¿qué se ofrece?

—Senores! gritó la voz de un soldado, el enemigo se acerca, están resobrando así y escondiéndose en el bosque que rodea el parque.

—Arriba, coronel! ¡el enemigo!

Leyéronse los tres violentamente, bajaron precipitadamente la escalera, ensillaron sus caballos y se pusieron en espera de los acontecimientos.

La luna estaba aun en el horizonte; pero su espléndida luz comenzaba á amortiguar con la suave claridad del crepúsculo.

Algunos luceros brillaban aun en el fondo de un cielo claro y apacible.

El aire agitaba apenas las hojas de los árboles, parecía que la naturaleza estaba desmayada, como una joven á las primeras aspiraciones del cloroformo.

El ruido de las armas y los gritos de la tropa formaban una verdadera confusión.

La alarma era producida por la aproximación de unas guerrillas de Burton que se dejaron ver sobre las lomas, tiroteando las avanzadas, cargando sus fuegos sobre los carros del parque.

Un incendio hubiera sido espantoso.

El bandido que capitaneaba á esos miserables fué ahorcado por los franceses veinte días después de consumada su traición.

—¡Capitan! gritó el coronel Fernandez, tome usted doscientos caballos y desaloje esas guerrillas.

Lijero como un rayo el valiente capitán, mandó tocar marcha, después trote y luego á escape, y se lanzó sobre las guerrillas enemigas con la destreza que se adquiere en el teatro de los combates.

A los diez minutos ya estaba trabada una escaramuza de primera fuerza.

Entre una nube de polvo y humo desapareció el capitán.

—¡Quiñones! dijo el coronel, avance usted sobre el camino con una compañía de tiradores.

El oficial cumplió estrictamente con las órdenes.

Martinez había puesto en fuga á las guerrillas y volvía trayendo algunos prisioneros.

Seguramente estaba acostumbrado á esta clase de encuentros, porque no le dió importancia al triunfo que acababa de obtener.

A las cuatro de la mañana se puso en marcha el ejército, emprendiendo el ascenso de las lomas que indican la proximidad del Monte de las Cruces.

Detúvose el coronel en lo alto de las lomas, y fijó su mirada en la Capital. Apenas se distinguía la bella confusión de sus torres y sus cúpulas.

Las nubes acariciaban la frente de la beldad azteca, y el espejo de sus lagunas, como una faja de luz, simpatizaba con las tintas apacibles del alba.

El viento de la mañana agitaba los celajes importunos, semejantes á los espíritus de la noche que se apoderan del corazón para entristecerlo.

—¡Méjico desapareció!

El coronel azotó fuertemente su caballo, y sin volver la vista se perdió en las quiebras del camino de Santa Fe.